

MILAGROS EVANGÉLICOS.

Operibus credite.
Dad crédito á las obras.
(JOAN. X, 38.)

Si se pregunta á los cristianos cuáles son los títulos de su fé en Jesucristo, en su Evangelio, en su doctrina y en sus promesas, pueden confiadamente presentarlos muy brillantes y muy capaces de causar en los ánimos viva y profunda sensacioa... Los milagros consignados en nuestros Evangelios son monumentos eternos de la divina mision de Jesús... En esta cuestion examinaremos: 1.º *la certeza*; 2.º *la autoridad de los milagros evangélicos*. Su certeza es indisputable; ved el número y carácter de los testigos que los declaran: su autoridad es plena y entera; pues son reales, y su único autor es Dios.

1. Durante su vida mortal obró Jesús maravillas de toda clase: con una sola palabra calmaba las tempestades, resucitaba á los muertos, devolvía la vista á los ciegos, curaba á los paralíticos de treinta años, y ahuyentaba todas las enfermedades que aquejan á la humanidad. Obraba esos prodigios con una prontitud, un poder y un acierto que revelaban la diestra del Señor de la naturaleza. Yo sostengo, que nada hay más cierto en la historia antigua que los milagros del Evangelio.

Para estar completamente cerciorados de esos hechos, solo pedimos que se observen bien los caracteres que voy á indicar. Todos son:

Para dar crédito á un suceso, se quiere que haya sido público, manifesto, palpable; en verdad, la sombra podria ocultar la mentira... Ahora bien: ¿hubo jamás nada más palpable que los milagros evangélicos, como los de Lázaro, del Ciego de nacimiento, del Paralítico, de la Multiplicacion de los panes, de la multitud de enfermos curados repentinamente en todo lugar, en medio de las calles y plazas públicas, de las aldeas y ciudades de la Judea?

No se necesitaba ser un profundo fisico para ver todos aquellos hechos; solo se necesitaban ojos....

Los hechos de grande importancia excitan la curiosidad pública, atraen las miradas de las personas ilustradas y aún la atencion de la autoridad; examínanse, discútense con el mayor cuidado, y solo se admiten despues de las más serias reflexiones. ¿Y qué cosa más importante que los milagros de Jesús? Los judios esperan á un Mesías, á un libertador prometido á sus padres; el universo entero está aguardando á un enviado extraordinario; y en esas circunstancias aparece Jesús, que se anuncia como embajador celeste, haciendo milagros en señal de su mision. ¿Hay nada que más interese á la religion de los judios?...

Los hechos de que se trata tendrán aún mayor importancia, si los vemos enlazados con sucesos subsiguientes, con cambios en el orden religioso y político. Los milagros de Jesús no están separados de los hechos de la historia, pues se relacionan con todos los sucesos que fueron su consecuencia y resultado, y que por la misma razon, han venido á ser como una prueba irrefutable de los mismos. Ni la elocuencia, ni las armas, ni la voluptuosidad, han fundado el cristianismo; sinó la creencia de los milagros evangélicos anunciados en el universo. Ved ahí cómo se enlazan con la revolucion más admirable, más universal y más duradera que ha visto el humano linaje desde su origen.

Cuando muchos historiadores están contextes en el fondo de las cosas; cuando han sido contemporáneos de los acontecimientos que describen; cuando su narracion lleva el sello de virtud y probidad que la impostura no puede imitar; en fin, cuando su testimonio ha pasado á la posteridad, sin sufrir contradiccion por parte de aquellos mismos que han debido discutir con más severidad y con el secreto deseo de probar su falsedad, entónces se ha llegado al más eminente grado de certeza histórica.

Tales son las reglas de crítica que á la historia aplica la filosofia.

Vengamos pues á la aplicacion, y hallaremos el uso de esas reglas. Citaremos á ocho autores diferentes; cinco son testigos oculares, y los demás contemporáneos: autores cuyos escritos componen el Nuevo Testamento: San Mateo, San Juan, san Pedro, Santiago y San Judas habian sido del número de los doce apóstoles que acompañaban á Jesús, testigos asiduos de sus virtudes y prodigios; san Marcos, San Lucas y San Pablo vivian en la misma época en que se obraban aquellos milagros. En vano se quisiera impugnar la antigüedad de sus diversas obras.

Ved ahora con qué confianza, con qué tono de seguridad y de convicción hablan los Evangelistas. Nombran las ciudades, las aldeas, las familias, las personas que fueron testigos ó bien objeto de los milagros; no tratan de dar á los judíos pruebas de lo que aseveran; apelan altamente á la fe pública y al conocimiento que de ello tenia toda la nacion. Los apóstoles no refieren hechos antiguos, acaecidos en medio de generaciones que ya no existian, sinó que se presentan como historiadores de sucesos que han pasado á la vista de los mismos judíos que les están escuchando. ¡Y cuál no habria sido la impudencia, ó mejor, la insensatez de los apóstoles, al apelar á la nacion judía en testimonio de lo que nunca habia visto! Oid lo que dice San Pedro:

«¡Oh israelitas! ya sabeis que Jesus de Nazareth ha sido un hombre autorizado por Dios á vuestros ojos, con los milagros que ha hecho entre vosotros (ACT. APOST. II, 22.)» Si eso fuera impostura, ¡cuán grosera y fácil de descubrir no habria sido! ¿Podia San Pedro creer que persuadiria á los judíos de que sabian lo que no sabian, ó de que habian visto lo que no habian visto? La irrisión pública hubiera hecho justicia de la narracion de los escritores sagrados; si no hubiesen referido más que fábulas impertinentes, habrian sido denostados, desmentidos por los mismos á quienes, en su locura, hubieran osado tomar por testigos; así es, que su cualidad de autores contemporáneos dá una fuerza invencible á su testimonio.

Otro carácter notable de los historiadores sagrados, es la *ingenuidad* y la *sencillez* de sus escritos; su estilo está limpio de circunloquios, frases rebuscadas, etc.

Otro carácter, y el más pasmoso, es el sacrificio que hicieron de su vida para ratificar sus aserciones; lo cual inspiró á Pascal aquellas famosas palabras: «Creo desde luego las historias cuyos testigos se dejan degollar.» ¿Qué más podian hacer? Reconozcamos, pues, en los escritores sagrados todos los caracteres que se exigen de los escritores verídicos; reconozcamos que no pudieron ser engañados ni engañar, y que su testimonio es en todo irrecusable.

Aun hay más: la Providencia ha permitido que la declaracion de los testigos fuese confirmada hasta por las obras de sus más violentos enemigos. Léjos de negar los milagros, los escritores paganos de los primeros siglos de la Iglesia los reconocieron: tales fueron Celso, Porfirio y Juliano; pero con la diferencia, de que en ellos querian ver operaciones mágicas. Cosa muy sorprendente es que la realidad de nuestros milagros la confesarán los mismos que tanto desprecio y tanto odio profesaban á Jesús y sus discípulos,

2. Los milagros evangélicos son reales; no se deben á causas naturales. Jesús los obra sin preparacion, sin agente natural, sin ningun aparato de máquinas, á cada momento, en todo lugar, en mitad del dia, repentinamente, con una sola palabra y segun se le presentan los objetos: *Yo lo quiero, cúrate*, ved ahí toda su arte y todos sus remedios. *Lázaro, sal de la tumba*, y Lázaro sale. De seguro, si eso es industria, á lo ménos es enteramente divina.

Presentan tan admirables rasgos de grandeza, de santidad y bondad, que es imposible no reconocer en ellos la poderosísima diestra del Dios de bondad. En sus circunstancias y pormenores, no se nota en los milagros nada indecente, nada impuro, nada cruel, nada de lo que manifiesta un agente odioso y maligno. Si Jesús hubiese obrado sus milagros por el poder del demonio, es claro que éste habria trabajado para la ruina de su imperio y empleado contra sí mismo su poderío infernal.

Jesucristo hace milagros para probar su mision. Las obras que yo hago en nombre de mi Padre, dice, esas están dando testimonio de mí: *Opera quæ ego facio in nomine Patris mei, hæc testimonium perhibent de me* (JOAN. X, 25). Al resucitar á Lázaro anuncia formalmente que va á devolverle la vida, á fin de que el pueblo, testigo de tan gran maravilla, le reconozca como á enviado de Dios (JOAN. XI, 42). Así es que sus apóstoles, sabedores sin duda de sus obras y su objeto, no cesaban de aducirlas como títulos brillantes de su mision.

¡Oh diestra de Dios! ¡Oh obras poderosas en que dejó el Señor la huella visible de su paso! Vosotras domais nuestra razon y la obligais á creer por más rebelde que sea! Gracias, Señor, pues así quisiste mostrar al mundo tu grandeza.

DIVISIONES SOBRE EL MISMO ASUNTO.

MILAGROS.—Los milagros de la Providencia nos inculcan la confianza que debemos tener en Dios en nuestras necesidades temporales.

Los milagros de la Misericordia nos inculcan la confianza que debemos tener en Dios en los negocios de nuestra salvacion.

Los milagros de la Justicia nos inculcan la desconfianza que debemos tener de nosotros mismos en nuestra prosperidad temporal y espiritual.

MILAGROS.—Ciegan á los que no los miran sinó con los ojos de la curiosidad.

Illuminan á los que los miran con los ojos de la penitencia.

SENTENCIAS DE LOS SANTOS PADRES.

Quis naturam mutare potest, nisi qui creavit naturam? S. Ambros. Epist. 76.

Signum rerum seriem excedere debet, et naturæ consuetudinem superare, itemque novum et inexpectatum esse, ita ut sit insigne singulis qui vident et audiunt; ideo enim signum appellatur, quod sit insigne, insigne autem non fuerit, si delitescat in communitate cæterarum rerum. S. Joan. Chrys in Isai. 7.

Contra naturam incongrue dicimus Deum aliquid facere, quod fecit contra id quod novimus de natura. Hanc enim etiam appellamus naturam, cognitum nobis cursum solitumque naturæ, contra quem Deus cum aliquid facit, magnalia vel mirabilia nominantur. S. Aug. contr. Faust. lib. 16. cap. 3.

Dicamus aliquid Deum posse, quod nos fateamur investigare non posse. In rebus enim mirabilibus tota ratio faciendi, est potentia facientis. Idem.

Sicut non fuit Deo impossibile, quas voluit naturas insti-

¿Quién mejor puede cambiar las leyes de la naturaleza, que el que las estableció?

El milagro debe exceder al curso natural de las cosas, y superar las leyes ordinarias de la naturaleza, de manera que sea un hecho nuevo é inesperado; pues de este modo es maravilloso á los ojos y oídos de los testigos: no por otro motivo se llama milagro ó portentoso, sinó porque es un hecho portentoso; no siendo tal cuando se puede confundir con los demás hechos naturales.

Impropriadamente decimos que Dios obra contra la naturaleza al obrar diferentemente de lo que conocemos natural: puesto que tambien llamamos naturaleza al complejo de sus leyes ordinarias que nos son conocidas; llamemos más bien grandeza ó milagro á lo que Dios hace fuera del orden de estas leyes.

Confesemos que Dios puede hacer muchas cosas cuya fuerza no podemos investigar; y digamos que toda la razon de la existencia de los milagros consiste en el poder del que los hace.

Así como á Dios no le fué imposible establecer las leyes natu-

tuere; sic ei non est impossibile, in quidquid voluerit, quas instituit naturas, mutare. Idem lib. 21 de civit Dei.

Miracula in signum sunt, non fidelibus, sed infidelibus; quia signum fidelibus non est necessarium, quia jam crediderunt, sed infidelibus, ut convertantur. S. Isidor. de sum. bon.

rales que le plugo; tampoco le es imposible cambiar ó suspender esas mismas leyes para cualquier objeto que se proponga.

Los milagros son pruebas de credibilidad para los infieles, no para los fieles; porque éstos, como que ya creen, no necesitan milagros, como los necesitan los infieles para convertirse.

MISA.

(OBLIGACION Y MODO DE ASISTIR Á LA)

I.

Hoc facite in meam commemorationem.
Haced esto en memoria de mí.

(Luc. xiii, 19.)

Es interés nuestro, amados hermanos míos, tanto como un deber que nos impone la religion, el asistir tan á menudo como sea posible al adorable sacrificio de la Misa, ya que en él encontramos el manantial de las gracias que nos son tan necesarias para llevar una vida cristiana en la tierra; ya que por medio de él tributamos al Señor el culto perfecto de que somos por nosotros mismos del todo incapaces; ya que sin él no podríamos jamás dar dignamente gracias á nuestro Padre celestial por los bienes infinitos de que nos ha colmado, y de que no cesa de colmarnos todos los dias. Todos los cristianos son, en cierto modo, ministros del Todopoderoso, para ofrecerle por manos de los sacerdotes el más excelente de todos los sacrificios, uniendo su intencion, sus oraciones y votos á los de toda la Iglesia; y el apóstol san Pedro nos es un garante seguro de esta calidad augusta, cuando dice á todos los fieles de la nueva alianza: *Vosotros sois*